

rios; habían perecido varios centenares de sus desgraciados pobladores; muchas grandes fábricas estaban entregadas á las llamas; la población útil, empleada en apagar los edificios incendiados con las aguas del Báltico, estaba extenuada de fatiga. En triste silencio y con el corazón traspasado viendo aquel espectáculo, aguardaba el general Peymann para rendirse á que el grito de la humanidad hiciese enmudecer la voz del honor. Insensibles á tanto daño los ingleses, volvieron á romper el fuego el día 3 por la tarde, lo sostuvieron toda la noche y todo el día siguiente con una breve interrupción, y persistieron en su barbarie hasta el día 5 por la mañana. No era posible dejar más tiempo expuesta á tamaños desastres una población de cien mil almas. Cerca de dos mil habitantes, entre hombres, mujeres, niños y ancianos, habían sucumbido. La mitad de la ciudad estaba entregada á las llamas; reducidas á escombros las más hermosas iglesias; el arsenal también estaba ardiendo. Herido el general Peymann, sin poder ya resistir la horrenda escena que tenía á la vista, cedió por fin á la amenaza de una destrucción completa que renovó el general inglés, y entregó la desolada Copenhague á sus bárbaros conquistadores. Firmóse la capitulación el día 7. Entregaba ésta á los ingleses la fortaleza de Kronemburgo, la ciudad de Copenhague y el arsenal, con derecho para ocuparlos por espacio de seis semanas, tiempo bastante para equipar la escuadra danesa y conducirla á Inglaterra. Esta escuadra quedaba entregada al almirante Gambier con condición de restituirla después de hecha la paz.

Firmada esta capitulación, entraron los ingleses en Copenhague y sus marinos se precipitaron sobre el arsenal. Desde su entrada en Tolón, no habían ofrecido un espectáculo comparable con éste: saltaron á tierra en considerable número los marineros ingleses, y en presencia de una población entregada á la desesperación, que veía arrasadas sus habitaciones, que contaba en su seno millares de víctimas entre muertos y moribundos; que, además de sus infortunios particulares, sufría cruelmente el público infortunio, porque cada cual consideraba la pérdida de la marina dinamarquesa como la ruina de su propia existencia, en presencia, pues, de aquella población desolada, entraron á saco el arsenal con brutalidad inaudita. Como la usanza inglesa de conceder á los marinos una parte principal del valor de todas las presas añadía á su rencor contra todas las marinas europeas el aliciente de la codicia personal, oficiales y marineros desplegaron todos extraordinario ardor y actividad en botar al agua cuantos buques había en Copenhague en estado de navegar. Contábase entre éstos diez y seis navíos de línea, unos veinte bergantines y fragatas de buen servicio, con sus aparejos guardados en almacenes muy bien cuidados. En pocos días quedaron aparejados, equipados y fuera de las dársenas aquellos cuarenta y tantos buques. No se limitó á este saqueo el celo destructor de los marinos ingleses, sino que hasta hicieron pedazos dos navíos que se estaban construyendo; llevaron á bordo de la escuadra danesa ó de la escuadra inglesa todas las maderas y municiones navales que encontraron en el arsenal, y se apoderaron hasta de las herramientas de los trabajadores, destruyendo lo que les era embarazoso. Colocaron después á bordo de las naves danesas, para que las gobernasen,

la mitad de las tripulaciones inglesas, y la expedición entera, con las escuadras conquistada y conquistadora reunidas, salió de los canalizos cuidando de volver á embarcar apresuradamente el ejército que había puesto en tierra, el cual no se creía ya seguro en una ciudad bañada por él en sangre y al aproximarse los franceses, que acudían con toda presteza á vengar tan escandaloso atentado. Al pasar por Webeck, Kronemburgo y los demás puntos de la costa, aquel inmenso armamento naval recogió las tropas inglesas y en seguida dió la vela hacia las costas de Inglaterra.

Sería imposible pintar la sensación que produjo en Europa el atentado inaudito á que se había propasado, no la nación inglesa, la cual censuró severamente aquel acto, sino el ministerio de Canning y Castlereagh. Fué general la indignación así entre los adictos á la Francia, poco numerosos á la sazón, porque conseguía demasiados triunfos para tener muchos amigos, como entre sus más decididos enemigos. No había en el mundo nación más estimada que la dinamarquesa: prudente, humilde, laboriosa, dedicada á su comercio sin buscar la ruina de los extraños, ambiciosa de conservar escrupulosamente su neutralidad en medio de una guerra encarnizada, y, aunque inofensiva, sostenedora heroica lo mismo que en el año 1801 del principio de esa neutralidad, que constituía toda su política, era la Dinamarca, como la Suiza, y como la Holanda, una de esas naciones que saben hacer olvidar su debilidad numérica con su fuerza moral y granjearse el respeto de todas las demás. Daba nuevo realce á su nunca desmentida buena fe la sorpresa de que acababa de ser víctima, porque si ahora perecía era precisamente por no haber querido tomar precauciones contra la Inglaterra y por haberlas tomado excesivas con respecto á la Francia. Unánime fué por lo tanto el sentimiento y el grito de indignación en toda Europa, y si antes era dicho general que nadie se encontraba seguro teniendo al lado al formidable conquistador engendrado por la revolución francesa, ahora ya se decía que la Inglaterra era la tiránica en la mar como Napoleón en la tierra, que era ella tan pérfida como éste era violento, y que entre los dos quitaban la seguridad y el reposo á todas las naciones. Tal era el lenguaje de nuestros enemigos: así se hablaba en Berlín y en Viena; pero nuestros apasionados y todos los hombres imparciales reconocían que la Francia hacía muy bien en querer reunir á todas las naciones contra un despotismo marítimo intolerable, despotismo que una vez establecido sería invencible, no daría cabida á otro pabellón más que al pabellón inglés, no toleraría más tráfico que el de los productos ingleses, y acabaría por fijar á su capricho el precio de las mercaderías así exóticas como manufacturadas. Era, pues, indispensable ponerse de acuerdo para arrancarle el cetro de los mares y obligarla á restituir al mundo el reposo de que por su causa estaba privado hacía quince años.

Es seguro que fuera de la paz nada podía desear más Napoleón que un acontecimiento como éste, porque ya no tenía necesidad de hacer violencia á la Dinamarca, la cual, por el contrario, iba á ponerse voluntariamente en sus manos, á ayudarle á cerrar el paso del Sund y á suministrarle, cosa muy preferible á unos cuantos cascos de navío, marinos excelentes y á propósito para armar los innumerables buques que tenía la Francia en sus

astilleros. Podía ya impeler los ejércitos rusos hacia la Suecia, y los ejércitos españoles hacia Portugal; hasta podía reclamar de Viena la exclusión de los ingleses de las costas del Adriático; podía por último pedir todo lo que quisiera en San Petersburgo, porque, en vista de lo que acababa de ocurrir en Copenhague, no debía ya la opinión de los rusos servir de rémora á la política de Alejandro. Si en tales circunstancias sabía Napoleón sacar partido de la sinrazón de la Inglaterra sin cometer otra igual, su posición era excelente, porque los yerros de su enemigo le daban tanta fuerza moral como fuerza material debía á sus propios ejércitos. En efecto, los inconvenientes de su sistema de vencer al mar con la tierra quedaban salvados, porque estaba ya explicada y justificada la violencia con las potencias continentales para obligarlas á contribuir á sus designios. Si cerraba los puertos de las ciudades anseáticas, de Holanda, Francia, Portugal, España é Italia; si condenaba á los pueblos á no usar azúcar ni café, á substituir estos productos de los trópicos con imitaciones europeas, costas é imperfectas; si violentaba todos los gustos después de violentar todos los intereses, el crimen cometido en Copenhague era para él una disculpa ruidosa y cumplida. Pero repetiremos que era menester dejar las sinrazones sólo á la Inglaterra y no imitarla en sus desaciertos; cosa difícil en verdad, porque en toda lucha encarnizada van encadenados los yerros unos con otros, y raras veces los del uno dejan de ser contrabalanceados y aun sobrepujados por los del otro.

Napoleón conoció perfectamente las ventajas que le daba la conducta de la Inglaterra, y si bien perdió la esperanza de un convenio, esperanza que no era muy grande á sus ojos, vió por otra parte suscitarse de repente una reunión de medios, un conjunto de esfuerzos que le prometía una paz cuya tardanza quedaría más que compensada por sus condiciones. Lo primero que hizo con esta mira fué dar rienda suelta á los periódicos franceses y á los que fuera de Francia le eran devotos, para que comentasen, cada cual en su tono, el acto abominable que acababa de excitar la indignación de la Europa. Sin salir de Fontainebleau y sin abandonar los placeres de su recinto, tomó todas sus medidas y dispuso todos sus ejércitos y sus escuadras para una lucha más grande y más tremenda aún que la que hacía tantos años estaba espantando al orbe.

Poco en verdad tenía que hacer Napoleón para dar á la opinión europea el impulso que actualmente le convenía; hasta en Inglaterra se juzgaba con la mayor severidad el atentado cometido contra la ciudad de Copenhague. En esta nación moral y grande, á pesar del ministerio indigno que la gobernaba, á pesar de su envilecido parlamento, á pesar de la exagerada pasión del pueblo por los triunfos de la marina nacional, no faltaron hombres ilustrados, probos é imparciales, que reprobaron con indignación el inaudito atentado cometido contra una potencia inofensiva y desarmada. Grenville, Windham, Addington, Grey, Sheridan y otros muchos protestaron con energía contra aquel acto odioso que calificaron de parodia inicua y funesta del de 1801; porque formando la Dinamarca en aquella época de 1801 parte de una coalición hostil á la Inglaterra, el único medio que se había usado para sojuzgarla había sido el de un combate naval, que era el más noble y legítimo de to-

dos. Por el contrario, en 1807 aquella misma Dinamarca estaba en paz, ocupada exclusivamente en defender su neutralidad contra la Francia, desarmada por el lado de la Inglaterra, y el medio empleado para reducirla había sido un bombardeo atroz contra una población inofensiva. El resultado había sido, en vez de anular una coalición de neutrales, ligar estrechamente á la Dinamarca con la Francia, descargar á ésta de la odiosidad de imponer una coacción general á todo el continente tomándola sobre sí, y por último perder el paso del Sund; porque los dinamarqueses iban á cerrarlo por su lado y los suecos tendrían que hacer otro tanto por el suyo. Finalmente, toda la compensación de tan deplorables consecuencias era el saqueo de un arsenal y el apresamiento de una escuadra ya casi inservible, en la que sólo cuatro navíos merecían el gasto de la carena.

Tales fueron los ataques que con justa saña se esesaron contra Canning, y á los que contestó mintiendo con una intrepidez muy poco honrosa para su memoria, restablecida sin embargo por su conducta posterior. Toda su defensa se redujo á repetir que se había descubierto el secreto de las negociaciones de Tilsit, y que este secreto justificaba la expedición de Copenhague. Replícase con razón que se declarase, no ya el nombre del autor del dicho, que la supuesta generosidad del gabinete británico rehusaba descubrir, sino la esencia de lo que había revelado. Pero sobre esto el gabinete sólo articulaba respuestas confusas y evasivas, y tampoco podía producir otras; porque si bien era cierto que la Rusia y la Francia se habían prometido en Tilsit (de lo que el gabinete británico sólo tenía una noticia vaga) unir sus fuerzas para obligar al continente á coligarse contra la Inglaterra, esto sólo había sido mediando una oferta de paz con condiciones moderadas, y además sin saberlo el gabinete de Copenhague, el cual no tenía la menor complicidad en este proyecto. Así, pues, en la conducta observada con respecto á la Dinamarca, había iniquidad desde el punto de vista moral é inépcia desde el punto de vista político; porque el único y verdadero medio de mantener neutral á esta potencia, de poder disponer de su escuadra, de sus marineros y del Sund, era socorrerla dejando á Napoleón el odioso encargo de violentarla.

Sin embargo, á pesar de la reprobación que la expedición de Copenhague mereció de los hombres de bien en Inglaterra, un parlamento supeditado por las preocupaciones anticatólicas de la corona y por la exagerada política de Mr. Pitt favoreció la causa de los ministros; pero no sin dejar traslucir el embarazo en que estaba puesto, porque votó un aplazamiento, declarando que el acto sería juzgado más adelante cuando los ministros pudiesen decir lo que en la actualidad tenían obligación de callar. Pero quedó desterrada para siempre toda idea de paz.

Penetrado el gabinete británico de la enojosa impresión producida en Europa por sus últimas violencias, trató de restaurar su crédito cerca de las dos principales cortes del continente, la de Viena y la de San Petersburgo, y con este objeto envió á la primera á lord Pembroke y al general Wilson á la segunda, portadores de algunas proposiciones de esas que se hacen mejor de viva voz que por escrito, y cuya substancia era la siguiente:



Según la aparente satisfacción que el emperador Alejandro parecía haber sacado de una guerra señalada sin embargo con tantos reveses; según las confidencias que había hecho á medias, y que daban á entender que la alianza con la Francia sería muy fecunda en grandes resultados; según la insistencia por fin con que pedía poder ocupar la Valaquia y la Moldavia, era evidente para todo hombre dotado de alguna sagacidad, que la Francia, para atraer á la Rusia á sus miras, le había prometido grandes ventajas en Oriente lisonjando notablemente su ambición sobre este punto. Decidióse, pues, el gabinete británico sin titubear á hacer aquellos sacrificios que parecían exigir las circunstancias, y aunque afectando gran celo por la integridad del imperio otomano, juzgó que era preferible el dar por sí propio la Valaquia y la Moldavia á la Rusia, á dejárselas dar por Napoleón. Así, pues, se dió á Mr. Wilson, militar y diplomático, personaje osado y de agudo ingenio, de poca importancia á la sazón para que se temiese desairarle en caso necesario, el encargo de llevar á San Petersburgo las frases más lisonjeras para el emperador Alejandro. No estaba revestido de poderes ostensibles, pero platicando Mr. Canning con Mr. d'Alopeus, ministro de Rusia, le declaró que podía darse crédito á lo que Mr. Wilson dijese. Dióse á lord Pembroke, enviado por extraordinario á Austria á pesar de la presencia de Mr. Adair, el encargo de demostrar á la corte de Viena la necesidad de vivir en armonía con la Rusia y de resignarse desde luego á todos los sacrificios que pudiera llevar consigo esta política. En efecto, tratábase nada menos que de disponer al Austria á mirar con serenidad la Moldavia y la Valaquia convertidas en provincias rusas.

El embajador de Rusia lord Gówer y Mr. Wilson, que había sido enviado á auxiliarle, se esforzaron en persuadir al gabinete ruso de que no había motivo para quejarse de lo que se había hecho en Copenhague; de que únicamente se había procurado quitar al enemigo común de la Europa sus medios de hacer daño; de que esto más bien debía celebrarse que otra cosa; de que se contaba con la Rusia para reducir á la Dinamarca á un juicio más exacto sobre los últimos acontecimientos, siendo indudable que su escuadra le sería restituída más adelante si se avenía á reconocer la buena causa; de que por lo demás, sin pretender por eso constituirse en juez de la nueva política adoptada por la Rusia, se confiaba en que volvería en breve á su antiguo sistema, que era el único acertado, de que no se trataría de volverla á poner en hostilidad con la Francia en una ocasión en que tanto necesitaba la paz para recuperarse; de que hasta se vería con placer cualquier incremento que tuviese su territorio y su poderío, porque sólo el engrandecimiento de la Francia era el perjudicial y el que convenía sofocar por cualesquiera medios; pero si la Rusia deseaba la Moldavia y la Valaquia, se consentiría esta adquisición con tal de que no fuera resultado de una repartición de las provincias turcas con el emperador Napoleón.

Encargóse Mr. Wilson de decir á Mr. de Romanzoff aquellas frases que podían producir mayor compromiso, y que por lo tanto sólo convenía aventurar con facultad de recogerlas si fuera menester, y el ruso se las refirió inmediatamente al general Savary. De las otras

se encargó el mismo lord Gówer con una arrogancia poco á propósito para destruir la extraña impresión que debía forzosamente causar. Miró el gabinete ruso como una familiaridad muy ofensiva esta tan apremiante manera de explicar la expedición de Copenhague y el encargo que se daba á la Rusia de justificar para con la Dinamarca á la Inglaterra. El emperador de Rusia se resintió profundamente, y quiso que las insinuaciones de la Inglaterra fuesen oídas con la mayor altivez. Mandó responder á la proposición de justificar en Copenhague el apresamiento de la escuadra danesa con una formal demanda de explicaciones sobre este mismo hecho, y exigió que lord Gówer se explicase inmediatamente y de una manera categórica acerca de la propuesta de mediación que el gabinete ruso había hecho al de la Gran Bretaña. Lord Gówer, tan honrosamente conocido después con el nombre de lord Granville, pareció salir en aquella ocasión de su habitual indolencia; insistió imperiosamente en que se le enterase de las secretas negociaciones de Tilsit, y pretendió que mientras no se declarase cuánto había pasado en aquella célebre entrevista, se dispensase á la Inglaterra de toda explicación sobre lo de Copenhague. Por lo tocante á la mediación rusa, instado definitivamente á declarar si la aceptaba ó no, respondió con orgullo que no la aceptaba.

Tal fué el resultado de las explicaciones que mediaron con lord Gówer. Por lo que hace á las invitaciones de que estaba encargado Mr. Wilson, Mr. de Romanzoff las oyó como cosa de poca importancia, y despidió al agente sin aparentar haber comprendido lo que le había querido decir. Sin embargo, como veremos en breve, le había comprendido perfectamente.

El antiguo ministro de Catalina, que conservaba cierto reflejo de la gloria de aquella princesa, heredero de su vasta ambición y gran personaje por todos títulos, había llegado á ser en las actuales circunstancias el confidente íntimo de Alejandro y de todos sus sueños. Era su ministro de Comercio é iba á nombrarle ministro de Negocios extranjeros; y sólo por tenerle cerca de su persona no le había querido confiar Alejandro la embajada de París, que tenía que proveer, á pesar de no faltarle para este puesto ningún requisito. El joven soberano y su antiguo ministro deseaban con ardor las provincias del Danubio; ni siquiera codiciaban tanto la Finlandia, á pesar de ser esta adquisición más inmediatamente codiciable por ser para la Rusia una provincia necesaria, al paso que las provincias del Danubio eran para ella superfluas. Lo que principalmente les seducía era el ser la Moldavia y la Valaquia camino para Constantinopla, y por tanto las hubieran aceptado del primero que se las ofreciera, sin discernir en la impaciencia de su deseo otro mérito más que el de dar pronto y con seguridad, en lo cual les merecía Napoleón la preferencia. Y en efecto, ¿quién sino Napoleón podía en aquella época hacer donaciones de tamaña consideración? Apoderarse de una parte cualquiera de territorio en el continente europeo sin su consentimiento, era ponerse con él en guerra abierta; y semejante guerra, con cualesquiera fuerzas que hasta entonces se hubiese emprendido, á nadie le había salido bien. Aun suponiendo que pudiera formarse una nueva coalición general, las batallas de Austerlitz, Jena y Friedland ofrecían

una perspectiva muy poco consoladora, y á la sazón, atendido el estado del ejército francés, cualquier encuentro con él debía producir las mismas consecuencias. Por otra parte, si bien la Inglaterra, diligente en sembrar sus cebos, se había mostrado asequible en cuanto á las provincias del Danubio, ¿podían esperarse de parte del Austria iguales disposiciones? ¿No estaba en San Petersburgo su embajador Mr. de Merfeld, preguntando diariamente y en voz alta á todo el mundo por el secreto de las negociaciones de Tilsit, y repitiendo siempre que si eran la Valaquia y la Moldavia el precio de la nueva alianza, tendría la Rusia que prepararse á exterminar hasta el último austriaco antes que lograr el consentimiento de la corte de Viena? No podía esperarse, pues, que se formase una coalición para asegurar semejante don á la Rusia. Esté don, tan repugnante al Austria, sólo podía proceder del que la había siempre vencido hacía quince años, es decir, de Napoleón; y una vez de acuerdo el emperador de Rusia con el de Francia, nadie en Europa se atrevería á contrastar lo que entre sí hubiesen concertado.

Era menester por lo tanto persistir en lo que se había comenzado en Tilsit, y lograr de Napoleón, dándole gusto, que se realizasen las esperanzas que tan benigneamente había acogido en las orillas del Niemen. Fácil era entrever á qué precio concedería lo que de él se esperaba. Si la guerra continuaba, naturalmente había de intentar en Italia, en Portugal y aun quizá en España nuevas empresas, porque había allí Borbones que no podían menos de hacer con su dinastía un contraste singular é intolerable para él. Nada de esto había confiado á nadie en Tilsit ni en parte alguna; pero aplazándose la paz, fácil era conocer que su actividad no estaría ociosa, y que continuaría en Occidente la obra de renovación reducida á destronar á todos los reyes aliados ó procedentes de la antigua casa de Borbón. Pero la Rusia no tenía el menor interés en estorbar esta clase de empresas, porque poco le importaba que fuese un Borbón ó un Bonaparte el que reinase en Nápoles, en Florencia, en Milán ó en Madrid, y las ideas que se introducían en pos de las nuevas dinastías creadas por Napoleón estaban aún lejos de amagar á la autoridad de los zares. Por lo que hace á la influencia de la Francia, no tenía la Rusia que envidiar su crecimiento siempre y cuando se emplease en facilitar el paso de Constantinopla á los ejércitos moscovitas. No tenía, pues, que recelar el emperador Alejandro por lo que pudiera ocurrírsele á Napoleón emprender en el Mediodía y en el Occidente de Europa; al contrario, de sentirlo podía resultarle la ventaja de que Napoleón le permitiese emprender lo que quisiera en el Oriente. Napoleón podía condescender más ó menos á los deseos de Alejandro, y permitirle que avanzase hasta el Danubio, hasta la falda de los Balkanes y aun hasta el mismo Bósforo; pero lo menos que podía conceder era la Valaquia y la Moldavia. Lo que Napoleón había dicho sobre este asunto, ó por lo menos lo que había creído oír Alejandro, parecía libre de toda duda. Alejandro y Romanzoff, aquél rumiando día y noche sus recuerdos de Tilsit, y éste lo que el zar le había contado, se habían acostumbrado á considerar la Moldavia y la Valaquia como uno de los más pequeños dones que podían prometerse; y tanta había sido su confianza, que ha-

biendo llegado á concebir una especie de saciedad anticipada hacia este objeto, empezaban ya á ensanchar el círculo de sus deseos. Por desgracia no se habían limitado al goce íntimo y secreto de sus futuras conquistas, sino que habían hecho partícipes á muchos de sus confidentes, á unos por el placer de manifestar su satisfacción interior, á otros por sincerarse del rápido cambio ocurrido en la política rusa. De este modo todos á su alrededor abrigaban el convencimiento íntimo de que la Valaquia y la Moldavia eran el precio seguro de la nueva alianza, y les hacía anhelar su posición, no sólo su natural pasión hacia aquellos territorios, sino también la necesidad de no salir engañados.

Por lo tanto, los últimos acontecimientos sólo sirvieron para confirmar á Alejandro y á Romanzoff en la política adoptada en Tilsit. Una vez que la mediación iba á dar por resultado la guerra, era preciso sacar de la guerra todo cuanto Napoleón se había propuesto que diese de sí, prestándose empero á lo que éste desease para obligarle mejor. Él iba á pedir evidentemente que fuesen expulsadas las dos legaciones inglesa y sueca, y que se invadiese la Finlandia para obligar á la Suecia á cerrar el paso del Sund. En todos estos puntos era menester darle gusto para que consintiese que las tropas rusas penetrasen en la Valaquia y la Moldavia. ¡Cosa singular por cierto! La invasión de la Finlandia hubiera debido ser el primer deseo de la Rusia por ser también su principal interés (1); pero de tal modo se habían acostumbrado á tomar la vía del Oriente la imaginación del joven zar y la de su antiguo ministro, que para ellos el ocupar la Finlandia era un verdadero sacrificio, hecho únicamente para lograr que se les tolerase en Bucharest y en Jassy.

Tenia á la sazón el emperador Alejandro al frente de los Negocios extranjeros á Mr. de Budberg, ministro insignificante, sin ideas y sin pasiones, hombre antipático, cuya frívola conversación le dejaba siempre frío; resolvió exonerarle, y realizó su proyecto de confiar este ministerio al mismo Romanzoff. Quedaba todavía en el gabinete uno de los individuos de la pequeña sociedad secreta que había largo tiempo gobernado el imperio, que era el príncipe de Kotschoubey. Era éste el más joven y el más reservado de todos ellos; pero como testigo de aquella época pasada, era un juez molesto de la presente; y por otra parte Czartoryski y Nowosiltzoff, con quienes vivía, apenas disimulaban el disgusto con

(1) Es muy común en los historiadores el hacer hablar y discutir á los personajes históricos sin medio alguno de saber sus pensamientos ni sus palabras. Si yo refiero los pensamientos más secretos y las conversaciones más confidenciales del emperador Alejandro, es porque al hacerlo puedo apoyarme en documentos de una autenticidad irrefragable. En una nota del libro XXVII he dicho que había en el Louvre una colección de las conversaciones que pasaron entre los generales Savary y Caulaincourt por una parte, y Alejandro y Romanzoff por la otra, conversaciones diarias, tan familiares é íntimas, que no me es posible reproducirlas por completo, porque Alejandro refería á los dos enviados franceses hasta sus mismos placeres, y que estas conversaciones, escritas apenas pasaban y referidas con minuciosa fidelidad por preguntas y respuestas, pintaban con admirable verdad todas las vicisitudes ocurridas en el ánimo del emperador y su ministro. Completan este conjunto de pruebas otros documentos auténticos y secretos, tales como la correspondencia personal de Napoleón y Alejandro, que me autorizan á dar como verídicos los pormenores que en esta parte de mi escrito consigno. (N. del A.)



que veían el nuevo rumbo que habían tomado las cosas. No era posible tolerar á estos incómodos criticones, y convenía darles alguna muestra de desagrado; por cuya razón se separó del despacho de lo Interior á monsieur de Kotschoubey. Fué llamado al ministerio de la Guerra Mr. de Labanoff, uno de los personajes que habían figurado en Tilsit, y al de Marina el almirante Tchitchakoff; á Mr. de Nowosiltzoff se le mandó á viajar. El príncipe de Czartoryski, demasiado íntimo del soberano, para que no fuese con él la amistad superior á la política, tuvo el pesar de que el emperador se abstuviese con estudio, más que nunca, de hablarle de los negocios del imperio. Por último, eligióse para la embajada de París al personal que parecía más idóneo para desempeñar este cargo. Bien hubiera querido Alejandro, según acabamos de manifestar, enviar al mismo Romanzoff; pero prefería tenerle cerca de su persona. Tenía de aposentador mayor de su palacio á un caballero ruso, llamado Mr. de Tolstoy, que le era particularmente adicto y éste tenía un hermano, que era el general Tolstoy, militar distinguido por sus talentos y buenos servicios; y juzgando Alejandro que este último, en su fidelidad á su señor, no trataría de desagradar á la Francia como parecía haber puesto empeño en hacerlo Mr. de Markoff; que por su ambición se estimaría dichoso de poder agregar su nombre á una política de engrandecimiento, al paso que por su estado encontraría halago en vivir en una corte completamente militar, sería en ella bienquisto y sabría no perder ninguno de sus rápidos movimientos, resolvió confiarle el referido cargo, pero reservándose primero sondear el ánimo de Napoleón y someterle la elección del general conde de Tolstoy, antes de nombrarle definitivamente.

El general Savary continuaba mereciendo en San Petersburgo las distinciones de Alejandro y los desabridos cumplimientos de la clase elevada. Aunque había ignorado al principio todo lo ocurrido en Tilsit, y sólo lo había sabido por una comunicación posterior de Napoleón, que quiso informarle de aquello para que no incurriese en falta por ignorancia, pronto adivinó el secreto de los corazones y reconoció que la Rusia haría cuanto se le pidiese mediante el abandono de una ó dos provincias, no en el Norte, sino en el Oriente. Sin comprometer á Napoleón más de lo preciso y sin salir de su papel, procuró ganarse las voluntades en San Petersburgo, y lo logró lisonjeando con prudencia las pasiones del soberano. Así, no bien se supieron los acontecimientos de Copenhague, y no bien tuvieron lugar las acaloradas explicaciones con lord Gówer, Alejandro y Romanzoff llamaron al general Savary, y con el lenguaje peculiar de cada uno, le hicieron saber las resoluciones del gabinete ruso. «Usted sabe, dijo Alejandro al general en varias pláticas muy largas, que nuestros esfuerzos por la paz concluyen en una guerra. Ya me lo esperaba yo; pero confieso que lo que no me esperaba era la expedición de Copenhague y la arrogancia del gabinete británico. He tomado mi resolución, y estoy pronto á cumplir mis compromisos. En nuestra entrevista habíamos calculado Napoleón y yo que si continuaba la guerra, vendría yo á pronunciarme hacia el mes de diciembre, y yo deseaba que no fuese antes para no empezar la guerra con los ingleses sino después de quedar intercedido el Báltico. Pero poco importa; me pronunciaré

acto continuo. Diga usted á su soberano que si quiere, yo despacharé á lord Gówer. Cronstadt está armado, y si los ingleses quieren probarse en él, verán que no es lo mismo habérselas con los rusos que con los turcos ó los españoles. Sin embargo, nada decidiré hasta que reciba un correo de París, porque no conviene aventurarse á contrariar los cálculos de Napoleón. Por otra parte quisiera yo, antes de romper, que volviesen mis escuadras á los puertos rusos. De todos modos, estoy pronto á observar la conducta que mejor convenga á vuestro soberano. Que me envíe también, si le conviene, una nota ya redactada, y yo se la haré remitir á lord Gówer al mismo tiempo que sus pasaportes. Por lo tocante á la Suecia, no me hallo en disposición todavía de reorganizar mis regimientos, asaz maltratados por la última guerra, y muy lejanos de la Finlandia, para trasladarlos del Mediodía al Norte del imperio. Además no tengo bastante ejército para ese teatro. En los bajos de los golfos del Norte se emplean con mucha frecuencia escuadrillas con remos: los suecos tienen una muy numerosa; la mía no está aún equipada, y no quiero exponerme á un revés con un Estado tan poco importante. Diga usted, pues, á su soberano, que así que tenga preparados mis medios yo aniquilaré á la Suecia, para lo cual tengo que esperar hasta diciembre ó enero; pero que por lo que hace á los ingleses, no tengo inconveniente en pronunciarme desde luego. Creo además que no debemos limitarnos á esto, sino que debemos exigir del Austria su completa adhesión, sea de grado ó por fuerza, á la coalición continental. También sobre esto me ofrezco á aceptar, para mandarla á Viena, una nota redactada en París, porque no reconozco las alianzas á medias; es preciso obrar en todo con perfecta concordancia. Deseo que mi intimidad con Napoleón sea completa, y por esto he echado mano de Mr. de Tolstoy. No tengo yo, como vuestro soberano, abundancia de hombres eminentes en todos los ramos. Mr. de Marcoff lo ha echado á perder todo á pesar de su talento. He preferido á Mr. de Tolstoy á todos los demás porque pertenece á una familia que me es devota, porque es militar y porque podrá en caso necesario montar á caballo y seguir á vuestro emperador en la caza, en la guerra y en todas partes. Si no conviene, que se me advierta, y mandaré otro, pues tengo particular empeño en evitar el más ligero disgusto. Seguramente no se tratará de enemistarnos y de hacernos reñir tan pronto, pero dirán á Napoleón que yo soy un hombre débil é inconsecuente, que estoy rodeado de enemigos suyos y que no se puede confiar en mí. A mí me dirán que Napoleón tiene una codicia insaciable, que todo lo quiere para sí y nada para los demás; que es tan astuto como violento; que me promete mucho y no me dará nada; que usa hoy de consideraciones conmigo para escarmentarme á mi vez después que haya sacado de mí lo que se propone, y que una vez separado de mis aliados, cuya destrucción consiento, tendré que resignarme á sufrir la misma suerte. No creo que esto suceda. He hablado con Napoleón y me lisonjeo de haber inspirado en parte los mismos sentimientos que me ha inspirado él á mí, seguro de que es sincero. No se me oculta con cuánta facilidad renacen las desconfianzas estando distantes, y no viéndose; así, pues, decidle que en cuanto le asalte la menor duda, la más leve impresión penosa,

me escriba ó me diga dos palabras por vuestro conducto, ó por la persona de su confianza que elija, y al punto nos entenderemos. Por mi parte yo le prometo entera franqueza, y la espero igual de su parte. ¡Ah! ¡Si pudiera yo verle como en Tilsit cada día y en cada hora! ¡Qué conversación la suya! ¡Qué talento! ¡Qué genio! ¡Cuánto ganaría yo viviendo con él á menudo! ¡Cuántas cosas me ha enseñado en pocos días! Pero estamos ahora tan lejos el uno del otro... Sin embargo, espero irle á ver pronto. A la primavera iré á París, y podré admirarle en su Consejo de Estado, entre sus tropas, en todos los actos por fin donde se muestra tan grande. Pero hasta entonces es preciso que procuremos entendernos por otro medio, y que la confianza sea la más completa posible. Por mi parte hago cuanto puedo, pero no ejerzo aquí el ascendiente que ejerce Napoleón en París. Ya veis la sorpresa que aquí ha causado el cambio un tanto brusco que acaba de verificarse. Este país está receloso de los daños de la Inglaterra puede causar á su comercio, y mira con celos vuestras victorias. Hay en él intereses que satisfacer y sentimientos que amortiguar. Enviennos ustedes negociantes franceses, compren ustedes nuestras municiones navales y nuestros géneros; nosotros en cambio les compraremos sus productos de París, y el comercio restablecido pondrá término á las zozobras que han concebido las clases elevadas por sus rentas. Ayúdenme ustedes sobre todo á granjearse la afición de este pueblo, concediendo algo á la justa ambición de la Rusia. Estos miserables turcos que hoy degüellan á vuestros partidarios haciendo rodar las cabezas de cuantos son reputados como afectos á los franceses (pues esto mismo estaba á la sazón sucediendo en Constantinopla merced á las sugerencias de Austria y de la Inglaterra), mal pueden parangonarse conmigo, y me parece que puestos yo y ellos en la balanza, no nos juzgarán ustedes dignos de la misma suerte. Vuestro soberano os habrá hablado sin duda de lo ocurrido en Tilsit...» Al llegar á esto manifestó el emperador cierta curiosidad é inquietud: estaba impaciente por franquearse con el general Savary sobre el asunto que más le interesaba; y al mismo tiempo temía cometer una indiscreción confiándose á una persona que podía ignorar aquel secreto. Tenía, sin embargo, otro nuevo motivo para explicarse con el representante de Napoleón. Acababa de firmarse un armisticio entre turcos y rusos, de resultas de la mediación francesa, en el que se estipulaba la restitución de las naves apresadas á los primeros por el almirante Siniavín, la suspensión de toda hostilidad antes de la primavera, y por último la evacuación de las orillas del Danubio.

En realidad sólo esta última condición tenía interés para el emperador Alejandro, pero no quería convenir en ella y se quejaba en términos generales del armisticio que imputaba á la poca amistosa intervención del ministro de Francia. «Ni siquiera me acordaba, dijo al general Savary, de las provincias del Danubio; vuestro emperador fué quien, al recibir la noticia de la caída de Selim, exclamó en Tilsit: *¡Nada se puede hacer con esos bárbaros! ¡La Providencia me libra de compromisos con ellos; compóngámonos á su costal!* Yo he entrado en estas miras, prosiguió el emperador y conmigo Mr. de Romanzoff. La nación ha seguido nuestro impulso, y no está nada de sobra que se le prometan ventajas de con-

sideración en este punto para que se muestre favorable á la Francia. La Finlandia, que tanta premura tenéis por verme invadir, es un desierto cuya posición á nadie lisonjea, y que además tendría que quitar á un aliado y pariente, con una especie de defección que heriría la delicadeza nacional, dando armas contra nosotros á los enemigos de la alianza. En otra parte, pues, debemos buscar motivos especiosos que justifiquen nuestra repentina mudanza. Diga usted todo esto al emperador Napoleón; que se persuada bien de que no me ocupa tanto el deseo de poseer una provincia más, como el de fortificar y hacer aceptable á mi nación una alianza de la cual me prometo los más grandes resultados... ¡Ah!, repitió el emperador, si pudiera yo ir á París ahora, todo quedaría arreglado con una entrevista de pocos minutos; pero no me es posible hasta el mes de marzo.»

Proferidas estas palabras, hizo el emperador Alejandro mil preguntas á Savary con inquieta insistencia para saber si había recibido algo de Napoleón y si estaba en el secreto de sus proyectos y resoluciones acerca del Oriente y del Occidente.

Desplegó el general Savary una grande astucia para no desanimar á Alejandro; díjole con verdad que él no podía aún saber las ideas gigantescas que suscitaba la continuación de la guerra en el emperador Napoleón, pero que seguramente á todo se allanaría por el deseo de contentar á su poderoso aliado. Mr. de Romanzoff fué todavía más explícito que su soberano: contó al francés las invitaciones hechas por el general Wilson, el efecto que en el emperador Alejandro habían producido, y la premura de este príncipe por aprovechar la ocasión de mostrar su lealtad á la Francia y su resolución de no recibir más que de ella lo que podría recibir de la Inglaterra. Le demostró más explícitamente que nunca la resolución de declararse contra la Inglaterra y la Suecia, y contra la misma Austria si era necesario, para reducir á esta última potencia á abrazar la política de Tilsit. Con este nombre se designaba en aquella época (porque el lenguaje se inventa á medida que lo requieren las circunstancias) el sistema de tolerancia que unos á otros recíprocamente se habían prometido con respecto á las empresas que cada cual se propusiera llevar á cabo por su lado. Pero Mr. de Romanzoff añadía que era menester que la Rusia obtuviese una compensación de todo lo que estaba dispuesta á tolerar, aun cuando sólo fuera para hacer la nueva alianza popular y duradera. Un día que trataban de este asunto, recibió Romanzoff despachos de Constantinopla que le comunicaban haber ocurrido nuevos desórdenes, y dijo sonriendo al general Savary, que bien se veía que el antiguo imperio otomano estaba acabando, y que, sin que interviniese el emperador Alejandro, pronto se vería Napoleón en el caso de hacer anunciar por sí mismo en el *Monitor* que quedaba abierta la sucesión de los sultanes *para que se presentasen sus herederos naturales.*

Mientras el general Savary era objeto de toda clase de agasajos y se le colmaba de súplicas, de obsequios y hasta de regalos, el emperador Alejandro comunicó sigilosamente á su ejército la orden de que no evacuase las provincias del Danubio, so pretexto de no poderse ratificar el armisticio tal como estaba. Él y su ministro repitieron que era preciso dejarlos obrar con respecto á los turcos, no exigir que los rusos se humillasen ante